

Que una alma siempre sólo no podría
Soportar la fatiga del vivir.
Así lo quiere Dios. Penas y goces
Debemos compartir á los que amamos,
Para dicha mayor cuando gozamos,
Para mejor consuelo en el sufrir.

Una alma que está sólo, que no tiene
Ni una pálida luz entre su sombra,
Que á nadie espera, que á ninguno nombra,
Que no tiene ¡infeliz! por quien llorar;
Que ante un recuerdo, para siempre amado,
Temblando de emoción no se despierta,
¿No es verdad que es una alma que está muerta
Pues la vida del alma es sólo amar?

Feliz quien ama, aunque el dolor impío
Su triste sombra al corazón arroje,
Y tempestuosa la pasión deshoje
La pasajera flor de la ilusión.
Feliz quien ama, sí; felices ojos
Los que saben llorar por el ausente;
Feliz el alma que sufriendo siente
Que otra alma la acompaña en su aflicción.

La dicha es nada mas el sueño de oro
Del infortunio en la mezquina tierra;
Pero cuanta es posible no la encierra
Mas que el amor, que goza en padecer.

Feliz, bella Asunción, quien mucho ama
Y llena con su amor una existencia;
Feliz quien logra tras amarga ausencia
La inmensa dicha de volverse á ver.

MI PADRE MUERTO.

(A MI HERMANO LUIS.)

. . . . Disperato dolor che'l cuor mi preme!

Dante.

Gracias, gracias, Señor. . . Me has dado llanto
Y he llorado por fin gracias, Dios mio!
Un pobre corazón que sufre tanto,
Un pobre corazón que está vacío
De esperanza y de fé, necesitaba
Para no reventar en mil pedazos
Reventar en el llanto que le ahogaba! . . .

¡Gracias aún otra vez porque tu oído
Abriste ¡oh Dios! á mi aflicción! . . Y has hecho
Que al romper los sollozos de mi pecho

Haya mis propias lágrimas bebido!
 Gracias, inmenso Dios, gracias!

Y ahora

Apura, corazón, el hondo cáliz
 Del inmenso pesar que te devora!

Sólo, ante Dios, en tu dolor sin nombre
 Inagotable llora
 Las más acerbos lágrimas del hombre,
 Y á ese viento que gimo, á esas tinieblas
 En que flota el pavor, á ese callado
 Espantable caos del infinito,
 Arroja delirante,
 Desesperado corazón, tu grito!

.....

Hora de los misterios, noche amiga,
 Deja que el alma mártir
 Tu soledad bendiga!
 Solo tú tienes para mí consuelo,
 Si así puede llamarse
 Hundirse en tanto duelo,
 Remover los pedazos doloridos
 Del roto corazón, y abandonarse
 Al amargo placer de sus gemidos

Hay algo de la tumba que yo arro
 En tu tremenda calma,

Hay algo de la muerte entre tu sombra
 Y tengo triste hasta la muerte el alma;
 Toda ella es amargura,
 Indecible dolor jamás sentido,
 Noche en la noche misma, más oscura
 Que el negro manto en la Creación tendido!...

Ayer era feliz . . . y lo ignoraba
 Ayer era feliz . . . En mis hogares
 La dulce paz de la virtud moraba,
 Y mucho tiempo hacía
 Que á su umbral no llegaban los pesares,
 Sino que en cada sol una alegría
 El Señor de los buenos les enviaba
 Como el pan celestial de cada día.

De mi padre la frente
 Iba cubriendo apenas
 La primer nieve de la edad, luciente,
 Como el pico elevado
 De la montaña, el hielo,
 Para significar immaculado
 La ya cercana vecindad del cielo.

Y allí, sobre esa frente veneranda,
 Cual rayo oculto que en serena tarde
 De la pérfida nube se desprende
 Y la alta encina hiende,
 Del mismo modo la desgracia impía

Vibró su rayo de dolor y muerte,
Y en ménos ¡ay! de lo que dura un día,
Sin el adios siquier de la agonía
La sacra vida quebrantó del fuerte.

.....
.....
Era un sueño, ¿es verdad? . . Estaba loco . . .
¡Oh! decidme, decidme que no es cierto,
Que no ha podido ser, que delirante
Golpease mi cabeza
Sobre la tumba de mi padre muerto! . . .

¿Puede acaso morir quien dá la vida? . . .
¿De un mismo corazón puede una parte
Caer en la tumba miéntras otra existe?
Y Tú, que nos ordeñas adorarle,
Y Padre y Justo y Bienhechor llamarte,
Dios de inmensa bondad. . . ¿tú lo quisiste? . . .

Padre, mi padre, escúchame, responde! . . .
—Horrible desvarío!—
¿Es ésto un ataúd. . . aquí se esconde
El autor de mi vida? aquí, Dios mío? . . .
Aquí donde se estrella
Convulsa de dolor el alma lóca,
Y besos tantos con sollozo inmenso,
Con desesperación deja mi boca? . . .

Dejadme . . . porque quiero entre mis brazos

Estrechar su cadáver Estrecharle
Y con mi propia vida reanimarle
Sobre mi corazón hecho pedazos!
Un beso mas en su serena frente,
Un beso mas en su cabello cano!
¿Quereis que el corazón se me reviente?
Yo no le vi morir estaba ausente
No me bendijo á mí su santa mano!

Al cerrarse sus ojos no me vieron,
Buscóme su alma, me llamó. . . y no estaba! . . .
Mis lábios en los suyos no bebieron
El suspiro postrer. . . . ni recogieron
La lágrima que dicen que rodaba
Unica por su faz, cuando sus ojos
En el eterno sueño se durmieron!

¡Oh! dejadme llorar! Acaso el grito
De las entrañas mismas arrancado
Del corazón de un hijo, es infinito!
Quizá traspase la mortuoria losa
Y á través de la tumba y del olvido
Llegue á la eternidad donde reposa
El pedazo del alma más querido!

Es mi postrer adios. . . . el que la muerte
No quiso que te diera, padre mío,
Ni me lo dieras tú. . . . cuando por verte
Un instante brevísimo siquiera

Al féretro sombrío
 Donde duermes, mi padre, te siguiera!.....

Mas calla, corazón, rómpete y calla!...
 ¿Quién traduce en palabras el crujido
 De un alma de hijo que al dolor estalla?...
 El féretro está allí... Dios lo ha querido!..

Sombra bendita de mi padre muerto,
 Héme aquí sollozando y de rodillas,
 Empapadas en llanto las mejillas
 Y de honda herida el corazón abierto...
 Huérfano, en mi dolor no pido al cielo
 El alivio mezquino del consuelo;
 Sólo quiero tenerte, padre mío,
 En amor, en espíritu, en imagen
 De mi recuerdo en el altar sombrío.
 Y hasta el instante en que también sucumba,
 Con mi amor y mis llantos esconderte
 En la secreta tumba
 Del alma entristecida hasta la muerte.

FRIO!

—
 (CANTO BOHEMIO)
 —

La tarde era triste,
 La nieve caía,
 Su blanco sudario
 Los campos cubría;
 Ni un ave volaba,
 Ni oíase rumor.

Apena en la nieve
 Dejando su huella,
 Pasaba muy triste,
 Muy pálida y bella,
 La niña que ha sido
 Del valle la flor.

Llevaba en el cinto
 Su pobre calzado;
 Su hermano pequeño
 Que marcha á su lado

Le dice:—"¿No sienten
La nieve tus piés?"

—"Mis piés nada sienten,"
Responde con calma,—
—"El frío que yo siento
Le llevo en el alma;
Y el frío de la nieve
Más duro no es."

Y dice el pequeño
Que helado tirita:
—"Más frío que el de nieve...!
¿Cuál es, hermanita?
No hay otro que pueda
Decirse mayor...!"

—"Aquel que de muerte
Las almas taladreja;
Aquel que en el alma
Me puso mi madre,
El día que á mi esposo
Me unió sin amor."—

MI MADRE!

A LA SRA. DOÑA MARGARITA LLERENA
DE PEÑA.

¡Oh santa madre mía!
Aún puedo al despertar por las mañanas
Santificar mi trabajoso día
Con mi beso primer sobre tus canas;
Aún puedo con el alma cariñosa
Sentir cómo resbala temblorosa
Tu mano en mis cabellos,
Acaso por secar, madre piadosa,
La humedad de tus lágrimas en ellos.

Porque tú lo comprendes, tú lo sabes
Aunque no te lo diga, madre mía;
No soy feliz... padezco. Hay en mi alma
El callado sufrir de la agonía.
Tú lo sabes, lo sabes, y por eso,
Presintiendo de mi alma las congojas,
Al estampar sobre mi frente un beso,

Sin quererlo, con lágrimas la mojas.

¿Qué fuera yo sin tí? ¿Dónde encontrará
 Mi triste vida cariñoso abrigo?
 ¿Quién con mis breves júbilos gozará?
 ¿Quién me buscara por sufrir conmigo?

¿Quién me diera valor? ¿quién me alentára
 En esta lucha eterna con la suerte?
 ¿Quién si no la evangélica matrona
 A quien llamó Jesus la *mujer-fuerte*?

¿Qué religiosa voz, de mi conciencia
 Huir hiciera la impiedad bastarda?
 ¿En dónde viera yo sin tu presencia
 Al ángel cariñoso de mi guarda?

Madre, tú eres la fé. Cuando en el templo
 Mujer de los dolores, solitaria
 Levantas tu oración, es el querube
 Quien recoje tus lágrimas y sube
 Con ellas al eterno tu plegaria.
 Y es ella, tu oración, tu fé sublime,
 Tu fé de madre que el Señor bendijo,
 La que bañada en lágrimas redime
 Y purifica el corazón de tu hijo.

Tú eres piedad y dulce fortaleza:
 Como el ángel que el Hijo sostenía,

Tú levantas del polvo mi cabeza
 Y también me sostienes, madre mía,
 Cuando apuro en mis horas de tristeza
 Mi desbordado cáliz de agonía,
 Cuando siento que herido de la suerte
 Mi espíritu está triste hasta la muerte.

Tu voz cristiana, fervorosa y santa,
 Que habla con Dios y á la oración invita,
 Del santuario de tu alma se levanta
 Inspirada, dulcísima y bendita.
 Quizá la duda con su noche impía
 Mi fatigado pensamiento puebla;
 Pero hablas... y se va, como la niebla
 Ante la suave claridad del día.

Tú eres, madre, la copa de consuelo
 Con que la fibra del pesar se calma,
 Y brillas como el iris en el cielo
 Tras la deshecha tempestad del alma.
 Madre, tú eres amor, amor bendito,
 Amor siempre inmortal, amor sin nombre,
 El único en que encuentra un infinito
 El insaciable corazón del hombre.

Siempre tú, sólo tú... Si me arrancára
 Este mi corazón que siento grande
 Porque tú estás en él, y le arrojára
 Al viento en mil pedazos,

En cada uno grabada se encontrára
La imágen de mi madre entre mis brazos!

Siempre tú, no más tú. Que en mi existencia
Sólo tú eres bondad, bien y consuelo;
Sombra de ángel al mundo descendida
Para en sus alas conducirme al cielo;
Fé de mi creencia, luz de mis ideas,
Mitad nunca de mi alma desprendida,
Mi ser, mi amor, mi adoración, mi vida,
Madre, imágen de Dios, ¡bendita seas!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

La Cruz de la Montaña.

O cruz, ave. spes unica.

Héme al pié de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo . . .
¡Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena,
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quien Jesus de Nazareth llamaba.
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario,
Al morir, trocó en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entónces ¡oh Cruz! cuando en mi frente
El surco apareció de la tristeza,
Corrí á tu altar, humilde y reverente,
A inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores,
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas, ¡ay de mí! trás mis primeros años
Vinieron en tropel tétricas horas,
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mústio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mio.